

de la reina, el conde de Artois, y la familia de la duquesa confidente de todas las maquinaciones cortesanas y amiga íntima de María Antonieta, la familia de la duquesa de Polignac. ¡Ah! No es maravilla que algunos ánimos optimistas aguardaran á la sazón reconciliaciones duraderas entre el trono y el pueblo. Mas debía resultar imposible, porque el tránsito desde un poder absoluto á un poder constitucional, es decir, desde las facultades omnímodas á las facultades limitadas, no podía ser comprendido de ninguna suerte por quienes se hallaban de antiguo habituados á tener la realidad del poder y no podían resignarse á conservar tan sólo en su desgracia los vanos y aparatosos honores. A su vez, el pueblo, dotado por la naturaleza de una implacable lógica, no alcanzaba cómo habiendo concluido todas las castas ante la igualdad del derecho, quedaba erguida la casta de los reyes. Tal doble raciocinio de la multitud por un lado y de la dinastía por otro, enamorada ésta de su poder absoluto y enamorada aquélla de su absoluto derecho, encerraba innumerables contradicciones que habían de estallar por fuerza en horribles discordias. Mientras la Asamblea destruyó los privilegios feudales y declaró los derechos humanos, parecía no tocar á la cima de la sociedad antigua, al lustre de la corona; pero en cuanto, cumpliendo su cometido, trató de organizar los poderes públicos, encontré con el nido de serpientes á las cuales no podía tocar sin exponerse á venenosas mordeduras, encontré con los privilegios reales, cuyo informe y monstruoso conjunto se resistía á la muerte, hasta en el momento extraño en que lo representaba un monarca tan débil como el pobre Luis XVI, de triste y piadosa memoria. Y he aquí la natural causa del conflicto.

Tres partidos existían en el seno de la Asamblea Constituyente: un partido de la corte y otro partido de la nación, y entre ambos el que podíamos llamar central ó intermedio. La ilusión respecto á la alianza entre el trono y el pueblo era tan grande y estaba de tal suerte arraigada, que no existía en esta hora ningún partido republicano. Los que más tarde habían de encabezar la república, Robespierre, Dantón, Marat mismo, llamábanse partidarios de la Asamblea Constituyente y apercibíanse á obedecer y sustentar todo aquello que la Asamblea decretase, y con especialidad la Constitución. El partido de la corte, que imposibilitaba todas las reformas, ó cuando menos las detenía con su resistencia, y una vez allegadas las desautorizaba con sus críticas y vejámenes, hallábase dirigido por dos jefes principales, por Maury, abate, y Cazalés. El partido de la nación, resuelto á implantar un régimen puramente democrático dentro de una Constitución semimonárquica, hallábase representado por los hombres mayores de aquellos días, por el discreto Barnave, por el erudito Sieyès, por el inmortal Mirabeau. El partido del centro quería una Constitución, pero á la inglesa; una monarquía con todos sus atributos esenciales; el pueblo representado por elecciones indirectas en una cámara baja, y la aristocracia representada por el recuerdo de sus privilegios y el prestigio de sus nombres en una altísima cámara. Y este partido se encontraba representado por el célebre Necker, en cuya mente influía su hija la gran escritora madama de Stael, muy consagrada al culto de las instituciones británicas. El partido cortesano quería que el

pueblo libertase al rey de la tutela aristocrática, sin tener pretensiones al advenimiento de una democracia, y que los aristócratas defendiesen al rey de la democracia, sin aspirar á representación parlamentaria ni á privilegios históricos. El partido nacional quería que la revolución se extendiese en todas direcciones, sin salir de los límites trazados por la sombra del trono, como si cualquiera intentase que cupiesen las aguas del mar en el hueco de una sola mano. El partido parlamentario quería que la aristocracia quedase de pie, después de haber demolido todos sus privilegios, y el trono con su pristina autoridad, después de haber abandonado sus prerrogativas, y el pueblo sin derechos, después de haber entrado en la cámara de sus representantes y hasta en el palacio de sus monarcas. En todas estas pretensiones había algo de utópico, y sus mutuos y necesarios abortos debían traer irreparables conflictos. Llegó la cuestión de las dos cámaras y decidióse que hubiese una sola, ofendiendo á la misma aristocracia liberal. Llegó la cuestión del veto, y en vez de quitárselo á la monarquía ó concedérselo absoluto, arbitróse el preventivo, reforma á medias, y por tal, repugnante al trono, que la creía irrespetuosa, y al pueblo, que la creía antidemocrática.

La inteligencia traída entre el monarca y los diputados por la visita del rey á la Asamblea duró poco, y duró menos la armonía entre las tres clases, que al fin y al cabo, si entraron en la Constituyente con unidad de espíritu, personificaban cada cual aparte los nobles, los clérigos, los ciudadanos. Pronto, muy pronto comprendieron los nobles adónde llevara á los más la abnegación de los menos. Pronto, muy pronto comprendieron los clérigos qué merma de privilegios morales y políticos les traía el sacrificio de sus grandes recursos económicos. La brisa primaveral, aromosa y tibia, á cuyo soplo florecieran tantas esperanzas, pasó súbitamente, dejando la triste realidad, y en su frío seno el estallido de todas las ideas y los oleajes encontrados de todas las pasiones.

Pronto, muy pronto apareció en pleno día la cólera del monarca y la complicidad de su corte con todas las maquinaciones encaminadas al retroceso y á la reacción. Muchas, muchísimas faltas cometió el infeliz Luis XVI; pero ninguna tan grave como su incertidumbre en las ideas y su indecisión en las resoluciones. A la altura en que estaba, y entre las tempestades que le combatían, debió resistir ó ceder deliberada y resueltamente, y ni cedió, ni resistió.

Las palabras dichas en público y revocadas en secreto; las inteligencias á medias con todos los partidos; las indignaciones manifiestas contra el extranjero y los tratos recatados para traerlo á Francia; la humillación á cada victoria popular seguida del intento reaccionario que encerraba mil proyectos de sañuda venganza; sus promesas juradas y sus reservas mentales; el doble juego que seguía con tanta inocencia exterior y tan avieso maquiavelismo interno; todas estas falsías infames perdieron su nombre ante la historia y no salvaron su causa en la nación. Nadie debe extrañarse, pues, si en los incidentes más vulgares adivinaba el pueblo, con su natural instinto de adivinación, las conjuraciones secretas y se movía para desconcertarlas con esa fiebre que la electricidad revolucionaria presta á los nervios y los ner-

vios agitados de las muchedumbres á las determinaciones colectivas. Daba pábulo á las sospechas universales en París el defecto capitalísimo de la reina, su ligereza en el hablar, su afición casi parisiense á la gracia ingeniosa, pero mortalmente odiada de todo el mundo, de su pueblo y del extranjero, de la familia real y de la plebe, de los representantes de la nación y de los representantes de las naciones extrañas; sus dichos aumentaban sus odios, pues no tenía ni el recato ni la reserva de las princesas de su raza que vemos en los lienzos de nuestros artistas y en las páginas de nuestros historiadores, sino la volubilidad llevada hasta el último grado, y la continua garrulería llena de malignidades satíricas. Por su empeño en que el archiduque Maximiliano tuviera en Versalles primacías sobre los príncipes de la sangre real francesa, llamáronla á una la austriaca en la corte antes de que el pueblo se lo llamara. La enemiga de los Orleans provino de una gracia muy merecida por el duque, pero muy cruel. Como convirtiera su jardín magnífico en tiendas para alquilarlas y lucrarse, díjole en plena corte, entre las risas imperdonables de los cortesanos: «Desde que V. A. tiene tantas tiendas, sólo podrá venir á vernos los domingos.» Pues en este momento que historiamos, al organizarse el poder público y discutirse la sanción regia, ó sea el veto, sus gracias debieron menudear de tal suerte, que todo el mundo la llamaba en París «Madama Veto.» De consiguiente, una sola imprudencia cometida podía perderla sin remedio; y la cometió sin reflexión y sin escrúpulo.

Corría la noche del 1.º de octubre de 1789. Los oficiales del regimiento de Flandes, cazadores, dragones y suizos, que guarnecían á la sazón el sitio real de Versalles, asistieron á un convite dado por los conocidos entonces con el nombre de guardias de corps. El teatro de palacio, que tanto reluce á la luz artificial, mostraba sus vivisimos colores, de cuyas combinaciones surgen genios como aleteando, al par de sus dorados, en cuyas áreas superficies se reverberan y abrillantan las múltiples luminarias reflejadas también, durante el singular espectáculo que describimos, en la cristalería y la argentería de la deslumbradora mesa; la música real, escondida en misteriosa tribuna, difunde con sus acordes ardor extraño en las enardecidas venas de los guerreros comensales; los uniformes, por doquiera esparcidos, y en tal momento muy realzados, contrastan y completan á un tiempo los vestidos y tocados de las damas instaladas en las galerías; las conversaciones más imprudentes en sentido monárquico exaltan los ánimos, ya sobrecitados por las emanaciones del vino y por la comunicación de los ciegos sentimientos, creídos de que el mundo entero se encierra en aquel escenario y la vida toda en aquellas copas; y al instante de mayor extravío, á los postres, en el delirio de las cabezas aligeradas por tantos vapores, entre los brindis temerarios, aparece la familia real, Luis XVI con su venerable aspecto, María Antonieta con su gracia aumentada por el regío y hermoso niño que trae en brazos, los gentilhombres de cámara al lado de las damas de honor; y arrebatan de tal suerte á todos, que los sables centellean, los juramentos suenan, las escarapelas tricolores caen, las aclamaciones reaccionarias suben, las divisas realistas vuelven; y toda la guarnición, representada allí por su estado mayor y aun por algunos soldados, se

compromete en la exaltación de semejante orgía con ruidoso compromiso á soterrar la Asamblea Constituyente con todos sus diputados y devolver á la real familia con su absoluta autoridad su perdido esplendor y sus históricos prestigios: que de todos los milagros imaginables se creen capaces en sus arrebatos y en sus vértigos el vino y el amor.

La noticia de semejante desorden llega con rapidez á París, exaltando en sentido bien contrario al que acaba de manifestar tan á deshora la guarnición de Versalles. Las gentes industriadas en política creen palpar la conspiración urdida entre las camarillas de la corte, diseminadas aquende y allende la frontera, y el realista marqués de Bouillé, general en jefe de las tropas acantonadas en Metz y en Nancy, hombre adscripto al régimen monárquico y al rey en aquel diluvio de ideas; soldado de disciplina y de ordenanza á la antigua en aquella renovación súbita de todas las instituciones; uno de esos espectros de lo pasado, que aparecen como por conjuros sortilégicos en lo presente, sin comprenderlo y ni siquiera mirarlo. Los menos dados á la política y más doloridos por una plaga pública, por el hambre de tan estéril año, comparando su miseria ya larga con los recientes hartazgos de Versalles, aumentaban la cólera popular y movían con quejas desesperadas á resoluciones desesperadas también.

La época era una de esas épocas revolucionarias, es decir, una de esas estaciones de las sociedades humanas, apenas explicables para quien no haya visto sus fenómenos con los propios ojos y no haya sentido su calor en la propia sangre. Las ideas abstrusas descienden por procedimientos invisibles á las muchedumbres ignaras, como los rayos del cielo á las entrañas del planeta. Las voluntades individuales, en todo tiempo discordes, se juntan y se identifican y se mueven y se deciden y se manifiestan y se cumplen como si pertenecieran á un solo espíritu. Desaparece el egoísmo de cada cual en el entusiasmo de todos. Los trabajos domésticos se suspenden casi. La nación entera toma el lugar de la familia. El heroísmo parece natural á la humana compleción y el desinterés innato á nuestra pobre especie. Como siempre, acompañan á los grandes afectos de amor ideas de sacrificio y de muerte. Las gentes se hacinan con la cohesión y se inflaman con la rapidez que los granos varios en los grandes montones de pólvora, á los cuales se aplica una mecha encendida. Las noticias tienen alas que sacuden con sacudimiento igual todas las conciencias. Así, aún no se sabía la infamia del banquete, cuando ya se adivinaba por el pueblo entero su castigo: irse al conspirador Versalles y traerse la monarquía y la Asamblea al revolucionario París. Una de esas mujeres de club, que tanta influencia ejercen sobre las muchedumbres de aluvión, coge un tambor y toca ruidosamente á generala. Las mujeres, como si aquel ruido llamara á las puertas de su corazón, salen á la calle y piden pan. Los hombres las siguen, avergonzados de no igualarlas en valor, y gritan: «¡A Versalles!» El furor, que en los airados rostros se retrata; los clamores, que llenan los aires con el estruendo de una tempestad y de un huracán; el discorde vibrar de las armas, varias, dispares, disformes, como indicando que las fuerzas sociales se entregan á merced de la casualidad y de sus caprichos; las vestiduras desarapadas de unos,

la amarillez mortal de la miseria en otros, el hervor de las pasiones en todos; éstos movidos por una idea y aquéllos por una venganza; algunos agitados por la epilepsia de la inspiración como las pitonisas y los oráculos; los más por móviles vulgares, forman á una con sus miradas de fuego, con sus voces de amenaza, con sus gestos de terror, con sus armas de varios tamaños y aspectos, con sus ideas confusas, algo que á las furias encerradas en los elementos desencadenados y á las fuerzas destructoras en las catástrofes inmensas de la tierra se acerca, no solamente por su magnitud increíble, sino también por su fatalidad incontrastable. Las puertas de la Casa de la Ciudad ceden á su empuje, como pudieran ceder al empuje de extraordinaria inundación, y llévanse las armas allí almacenadas como en impetuosa corriente.

Lafayette, que es casi una leyenda en la fantasía universal; aquel caballero sin tacha, que se ha puesto á servicio del pueblo y que ha ido á combatir en las cruzadas democráticas á la manera que sus antepasados en las cruzadas religiosas; conservando su educación distinguidísima y sus modales aristocráticos en medio de la plebe; más prestigioso para las muchedumbres que ningún otro de humilde estirpe, por no haberse criado en su seno ni engrandecido á su vista, se aparece en éste, como en casi todos los conflictos, para libertar al pueblo de un crimen y al trono de un desacato; pero tuvo que ceder al cabo de siete horas y que ponerse á la cabeza de los mismos á quienes había combatido para contenerlos, puesto que no pudiera contrastarlos. Y la multitud se encaminó hacia Versalles, como pudiera encaminarse hacia un campo feraz la nube que relampaguea y que truena.

Era el 5 de octubre de 1789. La reina se había ido de Versalles al Trianoncillo, diminutivo de aquel Trianón fundado por Luis XIV para huir á su propia grandeza en palacio inferior al palacio erigido por su soberbia y habitado por su triste y solitaria majestad. ¡Con qué tristeza recorrería la pobre María Antonieta los jardines, regalo de su real esposo, donde habían corrido los únicos días felices de su juventud! ¡Cómo contemplarían sus ojos las vías de orillas bordadas por aterciopelado césped, donde antes jugaban sus damas; los bosquecillos en que trenzaba con los galanes, convertidos en pastores, danzas dignas de las sencillas églogas; el molino cuyas ruedas molían el trigo candeal necesario á las golosinerías bucólicas; los apriscos, llenos de ovejas que balaban y sacudían sus esquilas, hinchando el espacio de virgilianas resonancias; la lechería, testigo de que sus manos regias atinaban á ordeñar las ubérrimas tetas de las vacas; la quinta y la ermita, donde se fingía la vida y se rezaba la oración campestre; el templete de amor en una isla arrullada por la cadenciosa caída de poética fuente; el paraje sombreado por los fresnos y los robles y las encinas y los cedros, vivo escenario de sus comedias; los sitios, en fin, cuya sencillez pusiera en su ánimo olvido del cetro y la arrastrara á la comunidad con sus semejantes en la sencilla paz y en la santa armonía de los campos! ¿Quién le hubiera dicho que aquel día, 5 de octubre de 1789, era el día último que la Providencia le deparaba en sus arcanos para pasear por su jardín favorito? Y en efecto, la llaman precipitadamente y vuelve á palacio. ¡Qué ho-

rrible cambio! Los guardias requerían las armas, los domésticos andaban temblando en todas direcciones, sin saber adónde ni para qué. Algún que otro tiro se oía como anuncio de la cercana tormenta. Por aquella avenida de París, que abría paso á los lujosos carruajes de la aristocracia, entre nubes de espeso polvo, tronaba una muchedumbre embriagada de ira, blandiendo armas hambrientas de matanza. Y nadie se acuerda de ella, de la dama, de la madre, de la reina. Los militares corren á la desbandada, en tropel, sin orden ni disciplina; la servidumbre se cura de sí misma con el egoísmo que suele despertarse, tanto en los incendios como en los naufragios; los diputados salen y entran sin decir una palabra de consuelo ni dar un consejo digno de atención; el ministerio delibera y no manda; Necker se golpea el pecho con furia viendo perdida su popularidad y derribado casi su gobierno; el rey presenta la irresolución eterna en aquel apremio de los hechos para las resoluciones supremas; aquí y allá resuenan tiros sueltos con siniestra retumbancia; en todas direcciones corren caballos desbocados y sin jinetes; por las alamedas dibújense grupos que se atisban y se persiguen mutuamente; allá á lo lejos, el pueblo se retuerce de furia, y aquí cerca Lafayette viene en triunfo, abriendo, sin quererlo quizás, paso franco á gente que vomita toda suerte de injurias y de amenazas sobre la reina en el vértigo que dan á todas las muchedumbres las inflamadas ideas y las revueltas pasiones de una revolución incipiente.

La reina, que acababa de pasar entre sus ramilletes de Trianón, compuestos de las flores naturales al otoño y de otras muchas producidas por las plantas exóticas; la reina, que traía en el alma un tanto de la paz de las campiñas, como si hasta los caprichos de la casualidad se empeñaran á una en agravar los dolores de su vida y ennegrecer las tragedias de su palacio; la reina se encuentra entre ministros que no la atienden, criados que no la responden, militares que no la sirven, y una multitud avanzando como un oleaje hinchado por los huracanes, multitud que de sierva y humilde se convirtiera en arrogante é imperiosa, andando, como quien manda y exige obediencia, hacia el regio santuario á que antes no volvía los ojos sino con las rodillas y aun la frente en el polvo, como acostumbrada por la tradición á supersticiosa reverencia, que en odio se ha trocado al influjo de otros nuevos sentimientos y á la súbita renovación de aquella sociedad transformada ya profundamente en sus tempestuosos y misteriosísimos comienzos.

Las verjas ceden. Gentes del pueblo entran en el gran patio del palacio. La guarnición se percibe á la defensa. Un conflicto se empeña al pie de los balcones, y varios heridos caen sobre las losas de mármol. Multiplícase Lafayette para ocurrir á todo, aunque en vano, pues ni logra calmar á una multitud furiosa ni logra tranquilizar á una corte aterrada. Por fortuna viene la lluvia en su auxilio, y tras la lluvia las sombras de la noche. Retírase la multitud sin saber adónde, como si aquellos grupos revolucionarios fueran seres apocalípticos devueltos á sus regiones fantásticas é invisibles; y retírase la familia real á sus habitaciones á recoger los últimos homenajes de su grandeza y á dormir por última vez en el inmenso palacio de su raza. Así concluyó

la jornada del 5 de octubre. Pero ¡ah! venía á más andar la jornada del 6, preñada de horrores.

No podía nadie ignorar que la determinación del pueblo era llevarse al monarca, y que contra esta determinación ni tenía fuerza bastante la corte ni fuerza bastante la Asamblea. El furor de los amotinados llegó hasta desatarse la representación nacional, derramarse por sus salas, tenderse en sus bancos, reirse de sus deliberaciones, pedir á gritos que hablaran ó callaran los varios oradores, mostrar, en fin, cómo la pasión popular desbordada no se detenía ante ningún respeto ni se calmaba sino por la concesión de una entrega completa del trono al pueblo. Y sin embargo, el optimista Lafayette aseguró tanto á unos y otros el mutuo respeto y dió tales promesas y fianzas de seguridad, que la reina se acostó á las dos de la mañana y se durmió tranquila, mientras el caballero general se iba á recoger también y á dormirse en el soberbio palacio de sus parientes los señores de Noailles. Todos reposaban tranquilos. Y solamente los amotinados se erguían y velaban. Y como velaban, supieron que se tenían dos carrozas, al peristilo de la grande estufa, apostadas y apercebidas como para un viaje de fugitivos. Y como velaban, advirtieron que una puerta se quedara sin cerrar en la natural confusión, y por allí se colaron, poseídos de su inextinguible rabia, en los patios. El combate estalla entre los agresores llegados y los guardias de corps en centinela. Siete de éstos mueren y cinco de aquéllos. Vencida la primera dificultad, queda franca la escalera. ¡Ah! La luz de un tristísimo crepúsculo de otoño ilumina la entrada de los pueblos en los alcázares de los reyes. La nueva sociedad, que este hecho indica, nace entre dolores sin número, entre torrentes de sangre sin tasa, entre mares de lágrimas. Ni el crepúsculo de este día siniestro ni el rumor de este combate sangriento han despertado á la reina dormida de puro cansada. Sus azafatas, en vez de acostarse como les ordenara, quédanse á la puerta, y velan su sueño y vigilan su reposo. En el instante del conflicto, unas se dirigen desaladas al cuarto de María Antonieta y otras al salón de los guardias. Uno de éstos, herido, con el rostro velado por la sangre, sin fuerzas para sostenerse de pie, sin ánimo para hablar, recoge sus últimos respiros, y antes de exhalar el alma, anuncia con el testimonio de su muerte cuántos y cuán graves peligros corre la vida de los reyes.

En efecto, á lo alto de la escalera, á la entrada de las regias habitaciones, cerca del apartamiento de la reina, dos de estos leales soldados acababan de morir en holocausto á su lealtad y de detener aquellos nervudos brazos que blandían sus terribles picas y sus disformes y variadas armas. Las azafatas corren, levantan á la reina, le impiden que se vista, le ciñen la primera cubierta que encuentran á mano y la empujan al cuarto del rey, de aquel rey menos amenazado que ella por las desapoderadas furias. Afortunadamente, en el terror, conservaron fuerzas bastantes á pasar un barrote por la puerta que los invasores golpeaban y forzaban, y que conducía á los grandes apartamentos, á las habitaciones privadas. Por el largo balcón que da á los estrechos y oscuros patios interiores llegan al tocador de la reina, punto de comunicación interior con las habitaciones del rey. Pero este camarín, que solía cerrarse del lado

que daba á las habitaciones de la reina, hállase también cerrado del otro, no se sabe cómo ni por qué, ni por quién, ni cuándo: misterios de estos días críticos. Mientras las azafatas golpean con anhelo, óyese, acercándose cada vez más, el resollar de las turbas, el vibrar de las armas, el correr de los domésticos, el gemir de los heridos y de los moribundos. Por fin, un criado abre la puerta cerrada y la reina entra en la habitación del rey. Pero no le encuentra, porque ha ido del otro lado, por los aparatosos salones, al Ojo de Buey, donde la tragedia del sacrificio de los guardias sucede, en busca de su esposa. Sus hijos, la joven princesa y el tierno delfín se arrojan á sus brazos. Al cabo de algunos momentos aparece su cuñada Isabel, un poco más tarde el rey. Tras el rey los ministros, los diputados, los caballeros, los gentileshombres, los criados que representan los últimos afectos de lealtad en aquella hora suprema. Una diputación de la nobleza acompaña á la monarquía expirante, como una constelación de planetas acompañando á su sol en el momento de apagarse y de extinguirse. En el rostro de los hombres se pinta la necesidad del combate, mientras en el rostro de las mujeres el duelo de la desesperación irremediable. Éstas claman con agudos gritos y aquéllos resuelan con reconcentrado furor. No puede preverse qué sucediera, de no venir al socorro de todos la providencia de todos, el buen Lafayette, que arranca á muerte terrible varios guardias y contiene con enérgicas resoluciones los desbordes de la muchedumbre.

Pero si el palacio, gracias á él, queda en aquella inundación preservado de los males mayores que encerraban las amenazas populares, jardines y alamedas resuenan con los estallidos de un próximo combate. Para acabar de someter al pueblo, según Lafayette, no hay más remedio que ir á él y ofrecerle sin ambages la vuelta inmediata á París. Los nobles y algunos diputados resisten á esta última humillación; pero Luis XVI cede con propósito deliberado de recabar por este exceso de sus amargas todas sus concesiones en el día más ó menos próximo, pero siempre esperado, de la satisfacción y del desquite. Los gritos de las muchedumbres reclaman la presencia del rey en el balcón; el rey se presenta y es aclamado universalmente. Nuevos gritos reclaman la presencia de la reina, que se lanza al balcón acompañada de sus dos hijos con la resolución del suicida que se arroja en momento de ciega exaltación á la muerte. Como las muchedumbres gritaran que «¡Afuera niños!», la reina se aparta de los príncipes y baja los brazos como descubriendo el pecho á las iras públicas. Ante tal actitud, que tiene mucho de desesperada, pero también mucho de heroica, el pueblo, en cuya alma queda siempre nativa generosidad, se entusiasma y aclama á la reina.

Ya no había remedio, la corte estaba entregada al pueblo y tuvo que partirse á París en reconocimiento de su entrega y en homenaje al vencedor. El viaje desde Versalles á París en siete largas horas fué para la familia real un tormento horrible y el camino un verdadero camino del Calvario. Precedían las cabezas de los guardias clavadas en las picas de los más feroces combatientes que llevaron su crueldad hasta el extremo de hacer que las peñara y las rizara y las empolvara, en medio de las calles de Sevres, antiguo peluquero de la corte.

Canciones soeces, amenazas mortales, dicerios horribles salían de las Euménides que acompañaban aquel entierro trágico y grotesco á un mismo tiempo, de la dignidad real vejada y ofendida en sus hereditarios representantes. Un cómico de la legua acompañaba en su asiento al cochero de los reyes y decía contra la familia real las mayores injurias. Los guardias heridos, los oficiales del regimiento de Flandes dispersos, los representantes de la guarnición derrotada y cautiva, seguían, con los rostros macilentos por la tristeza, los ojos encendidos por el insomnio, los uniformes destrozados por el combate, aquella comitiva babilónica, aquel aquelarre de iras desencadenadas, aquella calle de regias amarguras. La reina lo miraba todo, como si fuese un espectro á ella extraño, contraídos los labios, sereno el semblante, secos los ojos. Las únicas lágrimas que resbalaron por sus mejillas, sin poder contenerlas, fueron las lágrimas arrancadas por esta exclamación del niño: «Tengo hambre.»

Del palacio de los reyes en Versalles pasaron al palacio del pueblo en París, y del palacio del pueblo pasaron á las antiguas Tullerías. No había cosa alguna dispuesta y apercebida para recibirlos en aquellos monumentos por cuyas estancias todavía vaga la sombra de Catalina de Médicis coronada con su corona de serpientes y envuelta en su manto de sombras, chorreando en la historia por todos sus poros la sangre inocente que bebiera en su siniestra vida. Imaginaos la diferencia entre el esplendor de Versalles, atestado de riquezas, y la desnudez de las Tullerías, convertidas por el destino en el calabozo de aquellos regios prisioneros, en el potro de su tormento. La reina no encuentra los doce tabaques donde estaban los doce trajes que le ofrecían diariamente; ni las princesas de sangre real y las damas de noble nacimiento que se disputaban el honor de ponerle la camisa. Sus azafatas tuvieron que dormir en sillas, sus hijos en camas de campaña. Así es que al entrar el cuerpo diplomático, María Antonieta rompió en fuertes y amarguísimos sollozos. Y era natural. Si salen algunas veces á los jardines se encuentran con la muchedumbre que los avizora y no los respeta. En vez de las aves raras y de los pintados faisanes reunidos en Versalles, simples patos que dan á la mansión de los reyes con el castañeteo de sus picos el aire de sencilla dehesa. Y tanto era así, que le habían dejado al delfín un cercadillo para trabajar de jardinero y una cabaña para almacén de instrumentos, y al rey un vasto taller donde á medida que su regia majestad decaía y sus antiguas prerrogativas se acababan, movía el fuelle, mojaba el hierro, machacaba el yunque, mostrando cuánto más diestro era en manejar el martillo que en sostener el cetro; verdadero industrial nacido para los esparcimientos de los humildes y no para las porfías de los poderosos. Así es que la reina, deseosa también de descender á la categoría de las familias sencillas y de los simples particulares, trabajaba á la aguja, y hacía bordados que á lo mejor la fatigaban sin distraerla; y ya fatigada se volvía al rey para departir con él de los negocios públicos. El rey la escuchaba unas veces con paciencia y otras con impaciencia. En alguna ocasión, muy contrariado por sus observaciones, solía decirle: «Señora, dejadme en paz; vuestros negocios son vuestros hijos.» Y en el sombrío palacio, á las orillas del

triste Sena, entre las obscuras casas de aquel París que alrededor de las Tullerías se aglomeraba, luchando y reluchando con el destino sin poder vencerlo, pasaban su vida, la poca vida que ya podía quedarles en tanta desventura, aquellos dos reyes, descendientes de las primeras familias de Europa y representantes últimos del privilegio y de las castas.

IX

Al llegar á este punto supremo en la historia de la revolución francesa conviene pararse un momento y aplicar con cuidado sus enseñanzas elocuentísimas á nuestra sociedad, á nuestra generación, á nuestro tiempo, al desarrollo continuo de la democracia contemporánea, la cual no puede, no debe perder ninguna de las lecciones guardadas por la memoria humana para su instrucción y para su escarmiento, á fin de que no malogre el instante que le ha tocado en suerte y continúe la obra del progreso, que no puede en manera alguna detenerse.

El uso prescribe que la política se trate con cierta sencillez de estilo y cierta poquedad de idea. La audacia de los intentos no cuadra en verdad á empresa tan práctica, ni el esplendor de la forma se compadece y aviene con materia de suyo tan prosaica. Le es permitido á un Oviedo describir con mágicos arboles á sus leyentes las Indias occidentales que renuevan la naturaleza, y á un Humboldt convertir los estudios de la creación universal en magno poema épico; pero Montesquieu deberá decirnos con mucha sobriedad cuántos y cuáles son los resortes del gobierno representativo, y Tocqueville ahogar toda inspiración y todo arebato de entusiasmo al contarnos las maravillas de las instituciones americanas. Esta sociedad en que vivimos, de la cual somos parte, con sus necesidades diarias, con su vida impura, con su realidad pedestre, apenas merece la atención de los grandes astrónomos del pensamiento, ocupados hoy en averiguar si nuestros progenitores comían osos crudos cuando habitaban las cavernas en la amable compañía de los tigres y de las hienas trogloditas. Y no hay estudio que merezca nuestra predilección como el estudio de las sociedades humanas. Por el espectro solar hemos averiguado la materia componente de esos astros, cuya luz tarda siglos de siglos en llegar á nuestra retina ó á nuestros telescopios; y no tenemos instrumento alguno capaz de revelarnos la substancia esencial de estas sociedades humanas, tan cerca de nosotros, y tan circuidas de misterios. Por las clasificaciones científicas abrazamos en una serie lógica, perfectamente encadenada, todos los organismos, desde la seta que absorbe el oxígeno y exhala el carbono, como los animales, hasta el cerebro que destella una luz increada, la luz del pensamiento, como los dioses. Y los fenómenos políticos, y los accidentes de la vida social, y las leyes mismas, y las instituciones varias no se hallan sujetas á ninguna clasificación rigurosa, á ningún sistema científico, á ningún encadenamiento lógico, porque en la política empieza el mundo del espíritu, y con el mundo del espíritu el reinado de la libertad, menos sujeto á nuestros cálculos y nuestras previsiones que las fatalidades mecánicas ó dinámicas, y más complicado que todas las series de los organismos materiales y tangibles.

Pasma, leyendo hoy los naturalistas clásicos, griegos y romanos, lo mucho que hemos adelantado en ciencias naturales; y pasma, leyendo los políticos, sus observaciones sobre las leyes, sus estudios de las clases y castas, sus diversos calificativos de las varias formas de gobierno, lo poco que hemos adelantado en las ciencias políticas y sociales. Un naturalista apenas necesita estudiar á Plinio el Viejo sino como mero autor arqueológico, mientras un estadista encontrará en Aristóteles, en sus profundísimos libros de política, las enfermedades terribles de que pueden morir á nuestros ojos las democracias contemporáneas, á pesar de lo mucho que se diferencian y apartan de las democracias antiguas. Dificiles, difícilísimos los estudios políticos. Y las dificultades crecen, al tratar de la política diaria, de la que á nuestra vista se desarrolla, y no ha terminado todavía su vida, y no ha cumplido sus edades, y no ha realizado su destino, entregada por necesidad á mil accidentes y á mil cambios bruscos, la mayor parte de ellos inaccesibles á nuestra limitada previsión é insondables á nuestros ciegos presentimientos. Y sin embargo, propóngome estudiar en breves páginas la naturaleza íntima de la democracia contemporánea y el ministerio propio de sus naturales condiciones en este período de la historia.

Por mucha enemiga que la crítica moderna sienta contra los atrevimientos de la síntesis, no puede negarse que así como el siglo xv, el siglo que vió nacer á Brunelleschi, á Guiberti, á Vinci, á Rafael, á Buonarroti, es el siglo de las artes; y el siglo xvi, el siglo que oyó la voz de Lutero, el planido de Melancthon, la viril elocuencia de Calvino, las arengas de Zuinglio, es el siglo de la renovación religiosa; y el siglo xvii, á cuya entrada se acercó Bacon y á cuya salida Newton, y en cuyos años pensaron Descartes, Pereira, Espinosa y Leibnitz, es el siglo de los filósofos; y el siglo xviii, que acabó con todas las veleidades de la restauración en Inglaterra y trajo la independencia y la república á los Estados Unidos, la Constituyente y la Convención á Francia, es el siglo de las revoluciones; nuestra edad, este siglo xix, tan combatido por unos y tan idolatrado por otros, tiene un carácter que resume los caracteres de los siglos anteriores y que representa todo el resultado de la cultura moderna iniciada por el Renacimiento y la Reforma; nuestra edad, este siglo, es el siglo de la democracia. Cierta que nosotros, los modernos, jamás hemos podido comprender la democracia como lo comprendía la generalidad de los antiguos. Para éstos era una clase en oposición á otras clases sociales; para nosotros es la universalidad de los ciudadanos. Llegaba la democracia al seno de las sociedades antiguas y no rompía arriba la rigidez de un Estado omnipotente y no aniquilaba abajo los horrores de una esclavitud durísima, mientras que en el mundo moderno la democracia no puede subsistir sino reduciendo el Estado á sus límites propios y elevando las clases sociales al goce igual de todos los fundamentales derechos. En el mundo antiguo la denominación de demócrata equivalía á la denominación de plebeyo, y se relacionaba por necesidad con la existencia del patricio ó del noble, constituido entre los pueblos más republicanos en una especie de casta. Hoy democracia quiere decir: régimen de la sociedad por sus leyes naturales; gobierno de las naciones por sus dele-

gados electorales, amovibles y responsables; reintegración del individuo en todos los derechos congénitos á la naturaleza humana. Si examináis la historia de las democracias antiguas veréis ausente esta idea de la igualdad natural y presente siempre la idea á todas las clases común de la omnipotencia del Estado, reduciéndose las cuestiones políticas en su mayor parte á la conveniencia de entregar el gobierno ó bien á los que quieren conservar, como los patricios de Esparta, ó bien á los que quieren adquirir, como los plebeyos de Atenas, por el predominio de los intereses sobre los principios y de los privilegios sobre los derechos. La democracia, entre las antiguas, más estudiada y conocida de nosotros, es la democracia romana, por haberse mezclado tanto su historia política con nuestro derecho civil; y esa democracia vivió vida de combate en una guerra perpetua con las clases nobles; guerra á cuyo término sobrevino secular y gigantesca dictadura, capaz no sólo de acabar con Roma, sino de podrir la tierra entera, á no renovarse la vida por las ráfagas de las ideas y por el impulso de las irrupciones, como se renuevan los mares por los oleajes que baten y encrespan los vientos. Así, la democracia antigua era más fácil de establecer y aún de conservar que la democracia moderna, por no disminuir en esencia bases seculares de la autoridad ni cambiar por completo la íntima naturaleza y las prerrogativas y facultades del Estado.

Una de las ventajas mayores que la democracia moderna tiene sobre las democracias antiguas encuéntrase en el modo de su advenimiento, pues no debe considerarse como una clase que supedita á otra clase, cual supeditaron los nobles á los plebeyos en Venecia ó los plebeyos en más de una ocasión á los nobles en Florencia por felices casualidades históricas, por guerras civiles varias, por cambios políticos más ó menos fortuitos, no; la democracia moderna es el resultado de todo un movimiento histórico tan largo y tan profundo como los movimientos geológicos; es la consecuencia última de una serie de premisas que no se relacionan solamente con la política, sino también con la industria, con el arte, con la religión; es el substratum de las ciencias, así filosóficas como sociales, que han de consuno inspirado á las naciones la voluntad de gobernarse á sí mismas y á los individuos la idea de un derecho tan eterno como su propia naturaleza; elementos con los cuales no puede menos de producirse y organizarse, como si naciera de fuerzas vivas en el seno de la naturaleza, una nueva é indestructible sociedad.

Las castas sociales parécense á los ídolos religiosos en que, apoyadas sobre los sentimientos y las ideas de los llamados á obedecerlas y adorarlas, viven como si en realidad pertenecieran á esferas sobrenaturales; respiran atmósfera superior impregnada de incienso; brillan sobre aras y altares inmortales, hasta que la fe cambia, y con la fe los sentimientos y las ideas de los creyentes ó de los siervos, los cuales ora apagan las luces en los templos y suspenden las ofrendas y los exvotos en las capillas, ora borran de los palacios los blasones y de los pergaminos las armas, olvidando los viejos títulos y timbres, representación de esas avasalladoras fuerzas, en cuya virtud nacen y viven las instituciones y los gobiernos como los seres orgánicos en sus respectivas y necesarias atmósferas. Duélanse en